

DESCRIPCIONES Y VIAJES		RESEÑAS
<p>editor académico no es un poste, sino un activo interventor sobre los textos que le entregan. Los libros académicos son libros de editor, no de autor. En el caso del libro del profesor Gómez, en varios niveles del proceso editorial se presentan problemas. Los más evidentes son la enorme cantidad de errores ortotipográficos y ortográficos. El sociólogo Carlos Rama es Ramar en la página 185 y así nos caiga antipático, el nombre del escritor colombiano es Efraim Medina, no Efraín (pág. 231), como el de la <i>María</i> de Isaacs. Las palabras que incluyen prefijos deben ir unidas, no separadas con guion (y otras son inexistentes como “auto-autorizar”, pág. 170), y monosílabos como <i>vio</i> (pág. 24) van sin tilde, lo mismo que los pronombres demostrativos (pág. 19), según la <i>Ortografía de la lengua española</i> de 2010³. También afectan al texto las imprecisiones en la información. Moreno Durán no fue editor, como dice Gómez (pág. 113), sino colaborador de la revista <i>Quimera</i> en su versión española, y director en la colombiana.</p>	<p>orden superior, más complejo, de los textos que escribió Gómez. En mi opinión como editor, estos ensayos están pésimamente escritos, son reiterativos y monológicos. A este libro le sobran páginas y le falta, por ejemplo, un índice onomástico o temático decente. Hubiera sido mejor gastar este dinero de la Editorial Unaula en patrocinar la traducción del alemán de algunas de las lecciones magistrales de Gutiérrez Girardot en la Universidad de Bonn.</p> <p>Pero, como dice el refrán antioqueño: “No lloremos sobre la leche derramada”. En consecuencia, es mejor reducir nuestro trabajo meramente a reseñar las bondades y limitaciones de este volumen.</p>	<p>Mundo, al que se muestra como un simple Caribe, término peyorativo del que se desprendería Calibán –el nombre del esclavo de la obra de Shakespeare– cuyo significado implícito es el de Caníbal. En pocas palabras, <i>La tempestad</i> es un texto representativo del colonialismo, en el que aparecen como símbolos distintivos el colonizador, Próspero, y el colonizado, Calibán. O dicho de otra forma, en esa obra aparece el europeo ilustrado y racional, el mismo que construye al “nativo colonizado”, cuya historia y cultura es negada como inferior, y éste para “ascender” al mundo civilizado debe renegar de su propia cultura y aceptar la supuesta superioridad del europeo civilizado.</p>
 <p>El editor debió haber indicado al autor que suprimiera los juegos verbales tontos, como el de que <i>Historia doble de la costa</i>, de Orlando Fals Borda, es “hechizante y hechiza” (pág. 29), que no olvidara poner la fecha de nacimiento de Gutiérrez Girardot (pág. 30) y que reescribiera el pie de página barroco, ininteligible, de la página 177. Sin embargo, los problemas más visibles están en el</p> <p>3. Aquí entendemos el llamado reiterado que el poeta Jaime Jaramillo Escobar ha hecho en estas páginas del <i>Boletín Cultural y Bibliográfico</i> sobre la obligación que tienen los editores de contratar a un corrector de estilo profesional.</p>	<p style="text-align: center;">Carlos Sánchez Lozano</p> <hr/> <h2 style="text-align: center;">La mirada de Próspero</h2> <p><i>La expedición helvética. Viaje de exploración científica por Colombia en 1910 de los profesores Otto Fuhrmann y Eugène Mayor</i> ALBERTO GÓMEZ GUTIÉRREZ (ED. Y TRAD.) Pontificia Universidad Javeriana, Colciencias, Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia y Embajada de Suiza en Colombia, Bogotá, 2011, 486 págs., il., mapas + DVD</p> <hr/> <p>LA EXTENSA literatura de viajes que se produjo durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX por parte de científicos, diplomáticos o simples aventureros procedentes de Europa, debe criticar la visión colonialista y eurocéntrica presente en esos cronistas. La perspectiva que caracteriza a esos viajeros bien podría caracterizarse como prototípica de la “mirada de Próspero”, con lo que se hace alusión al célebre personaje de <i>La tempestad</i> de William Shakespeare. En esa obra se muestra como su protagonista, por supuesto Próspero, imbuido del prejuicio de pretendida superioridad del europeo colonizador esclaviza a un hombre deforme, presentado como “salvaje” y “bárbaro”, que simboliza al habitante del Nuevo</p>	<p>La lógica de la narrativa implícita en <i>La tempestad</i> se va a reproducir desde 1611, cuando fue estrenada esa obra, miles de veces a través de los más diversos textos, como sucede con la literatura de viajes del siglo XIX. Y, justamente, esto es lo que encontramos en el trasfondo sociológico de esos escritos, como se evidencia en el libro <i>Voyage d'exploration scientifique en Colombie</i>, de los naturalistas Otto Fuhrmann y Eugène Mayor, y publicado en Suiza en 1914. Debió pasar casi un siglo para que esta obra fuera traducida al castellano y publicada en Colombia, como se ha hecho recientemente.</p> <p>Por supuesto, que no tendría sentido hacer una reseña de un libro de hace cien años y que solo circuló en Suiza, porque esto sería pecar de anacronismo extremo. En su lugar pueden hacerse algunas referencias a la edición que comentamos y luego algunos comentarios sobre la visión eurocéntrica de los naturalistas suizos.</p> <p>Con respecto al primer aspecto puede afirmarse que este libro cuenta con una aceptable edición, aunque no extraordinaria como podría esperarse de un texto que tiene varios patrocinadores nacionales e internacionales, entre ellos la Embajada de Suiza en Colombia. A esta edición le sobran algunas cosas, tales como una Presentación escrita por Didier Pflirter, embajador helvético en este país, y un Prefacio de Juan Francisco Miranda, por entonces director de Colciencias. Estos dos escritos no dicen nada especial, ni le agregan precisión ni rigor</p>

al escrito original, simplemente son páginas de relleno por parte de las entidades patrocinadoras. Tal vez lo único cierto que dice el diplomático suizo, no sabemos si por un lapsus o como muestra de su sinceridad, es que Colombia “contiene una de las mayores biodiversidades del planeta” y que los científicos suizos llegaron en 1910 “en búsqueda de riquezas naturales que aquí se encuentran” (pág. 13), lo cual no sobra recordarlo ha sido el objeto de las diversas formas de dominación colonial, europea y estadounidense, desde hace cinco siglos. Por ello mismo, resulta un tanto demagógico sostener que Colombia y Suiza “continúan trabajando mano a mano para la conservación de las maravillas de la naturaleza de sus países montañosos, tan variados y ricos en biodiversidad” (pág. 15). No sabemos si lo hacen los suizos en su país y con su país, porque lo que sí está claro es que en Colombia eso no se hace, porque en forma incondicional los gobernantes y las clases dominantes le entregan la riqueza natural del país al capital transnacional, como sucede con vastos territorios en los que por desgracia hay oro y minerales.



Más interesante, por su carácter informativo, resulta el prólogo de Michel Schulp, director de la Biblioteca Pública y Universitaria de Neuchâtel. Allí se presentan valiosos datos que orientan al lector y nos enteramos de la trayectoria vital e investigativa de Otto Fuhrmann (1871-1945) y de Eugène Mayor (1877-1976). El primero era un experto en invertebrados y el segundo en hongos. De acuerdo con lo que allí se nos informa, en un corto viaje de tres meses los mencionados científicos lograron reunir 1 279 especies vegeta-

les y 647 especies animales. Además, como se nota en esa presentación y en la parte final del libro, es notable como un niño de escasos quince años, cuyo nombre era Jean Piaget –y que se convertirá en uno de los principales pedagogos y psicólogos del siglo XX– hubiese sido el responsable del estudio de los moluscos que transportaron a Suiza los dos científicos que anduvieron por estas tierras (págs. 27 y 292-298).

El otro aspecto que debe resaltarse de esta edición es la labor en la edición y traducción de Alberto Gómez Gutiérrez, quien ha hecho un trabajo impecable de llevar del francés al castellano esta obra, con un lenguaje claro y directo. Adicionalmente, el traductor, el mismo biólogo e investigador, no solo se ha limitado a presentar el texto central de la crónica del viaje, sino que ha elaborado una síntesis de los trabajos científicos del mencionado viaje, lo cual ocupa casi la mitad del libro. Esta parte se constituye en un novedoso aporte para historiadores de la ciencia en Colombia.

Como no tenemos competencias ni conocimientos para juzgar este apartado de la obra, en esta breve reseña nos limitamos a comentar lo correspondiente a la crónica del viaje (págs. 67 a 244), la cual constituye un documento histórico, que nos dice mucho más sobre la mentalidad de los naturalistas europeos que sobre nuestro país hace un siglo, aunque desde luego aparecen algunos aspectos destacables sobre esto último.

La crónica del viaje cubre el corto periodo de cuatro meses desde el 20 de junio de 1910, cuando partieron de Suiza, hasta noviembre del mismo año cuando retornaron a su país de origen. A territorio colombiano arribaron el 20 de julio y partieron tres meses después, el 4 de noviembre. Hay que anotar que nunca más regresarían ni a Colombia ni a ningún otro país de América Latina. En estas condiciones, lo que escribieron fue resultado de una corta estancia, y en términos generales se reduce a ser una descripción detallada del viaje.

Sobresalen, de manera recurrente, las concepciones racistas con referencia a los indígenas, pero principalmente a la población de origen afro que encuentran en el camino, tanto en los

barcos como fuera de ellos. Al respecto son ilustrativas sus opiniones racistas sobre la población de Haití, acerca de la cual afirman que su atraso es una “muestra de lo que pueden lograr los negros abandonados a sí mismos y responsabilizándose de sus actos”, un resultado nefasto de que hubiera terminado “infortunadamente” la ocupación francesa en 1804 (págs. 84-85).

Ese racismo reproduce los estereotipos convencionales de la época, por parte de unos personajes “blancos” que parten del presupuesto indiscutible que son superiores y hablan y escriben desde la civilización, el orden y el progreso. La Colombia profunda, la que recorrieron, desde luego que no tenía nada de eso y simplemente se caracterizaba por el atraso y la barbarie. Aunque los científicos suizos no utilicen de manera explícita estos calificativos, si se encuentran implícitos en buena parte de sus descripciones.

Estas descripciones se ocupan de manera especial del paisaje natural, el que presentan con lujo de detalles. Por el contrario, no se observa mucho interés por describir el paisaje humano, ni se aprecia una gran preocupación sociológica por tratar de acercarse y comprender la sociedad que encuentran en el camino. Aún más, continuamente los científicos manifiestan su interés por separarse lo más rápido posible de las personas que les sirven (como peones, guías o cocinero), por considerarlas ignorantes, sucias y atrasadas. Se sienten a sus anchas cuando intercambian con sus connacionales suizos u otros europeos, y con miembros de las elites dominantes de Colombia.

Tal vez lo más destacado de esta crónica de viaje sean los relatos que se hacen sobre el estado de las “vías de comunicación” por entonces existentes en el territorio colombiano. Describen como eran los bongos, champanes y pequeñas embarcaciones, y cuentan las peripecias de los viajeros que se suben a estas lanchas. De igual forma relatan cómo funcionaban los ferrocarriles y cuál era el estado de las vías férreas. En especial merece un lugar destacado el recuento de los caminos de herradura, entre los que sobresale el de Honda-Facatativá, pesadilla de los extranjeros que se aventuraban por estos lares. Se destaca el papel de

los peones y de las mulas, que transitaban en forma heroica por escarpados senderos, en medio del fango y del lodazal, y llevaban consigo todo tipo de mercancías hacia la capital de la república.

Este relato literario viene acompañado de bastantes fotografías, algo raro en la época, que ayudan a visualizar determinados aspectos del relato. Llama la atención que aunque algunas de esas fotografías en sí mismas generen inquietudes y problemas –como las consagradas a los “indios”–, sin embargo no den pie a explicaciones sociales, ni a preguntas por parte de los científicos suizos. Eso se percibe, para dar un ejemplo, cuando se describe el paisaje de la hacienda cafetera Argelia, de Viotá, y se destacan las buenas maneras de sus propietarios, al tiempo que se menciona el embrutecimiento de los peones, degenerados según estos científicos por el consumo de chicha (págs. 221 y sigs.). Pero lo que resulta llamativo radica en que, a pesar de presentar varias fotografías (págs. 223 y 232) en las que claramente se observa la miseria de los peones y agregados, los naturalistas jamás se preguntan si eso está relacionado de alguna manera con las formas de explotación del trabajo en la hacienda, mientras que sí hacen una abierta apología de los terratenientes, a quienes presentan como representantes del progreso y la civilización.

Como sus preocupaciones principales están centradas en el paisaje, en reiteradas ocasiones manifiestan su sorpresa ante lo que ven sus ojos. Después de dejar la población de El Banco, en la costa norte de Colombia, sostienen que “ninguna pluma podrá transmitir el encanto, la variedad y la imponente majestuosidad de la selva tropical en su exuberancia y su lujo de vegetación. ¡Cómo parecen de pequeños y monótonos nuestros bosques al lado de estas selvas vírgenes inmensas que cubren todo el valle del Magdalena y que vienen a morir al borde del río!” (pág. 109). Algo que adquiere más significado porque fue dicho hace tan solo un siglo y hoy puede constatar que gran parte de esa selva ha sido destruida. También se menciona la cantidad y variedad de cocodrilos que se encontraban al borde del río Magdalena y que hoy están prácticamente extinguidos.

Entre las pocas comparaciones de tipo social y humano que efectúan en el libro, los naturalistas hacen un superficial contraste entre los antioqueños y los cundinamarqueses. Sobre los primeros reproducen el socorrido mito que hace alusión a su carácter de emprendedores porque procederían de judíos que fueron transportados a esa región durante la colonia (pág. 125). Sobre los segundos afirman que son degenerados –salvo los habitantes cultos de Bogotá, a la que presentan como La Atenas Sudamericana–, en gran medida porque consumen la chicha, a la que no dudan en calificar como una bebida sucia y antihigiénica (págs. 208, 220-221).



En una que otra ocasión proporcionan alguna información interesante, que puede contrastarse con lo que sucede en la actualidad. Dicen, por ejemplo, con tono de sorpresa, que la educación es muy mala, lo cual es explicable porque “en 1913, el presupuesto preveía para la instrucción pública de toda Colombia la modesta suma de \$782 509, mientras que se afectaba al presupuesto de guerra \$3300632” (pág. 213). Algo que no ha cambiado mucho un siglo después, en este país de machos y militares.

Como una muestra de su concepción etnocentrista, los viajeros suizos concluyen su relato de esta forma:

Henos aquí entonces de regreso en la vieja Europa civilizada. Inmediatamente nos impresiona la ausencia de horizontes infinitos; la mirada es limitada por cercas, casas y aldeas. Nos reencontramos con la vida civilizada con todas sus ventajas pero, a pesar de todo, no podemos impedirnos de

extrañar aquellos países inmensos que acabamos de atravesar, donde la naturaleza, entregada a sí misma, se presenta en toda su magnificencia a los ojos de los viajeros maravillados. [pág. 244]

Esta conclusión confirma los prejuicios que anidan en la mirada de Próspero, cuyo interés prioritario son los recursos naturales, para apropiarse de ellos, antes que por las gentes que habitan esos lugares, los cuales no interesan como tales, sino solo cuando sirven como fuerza de trabajo barata y/o cautiva en las minas o, por entonces, en la navegación fluvial o como cargueros y arrieros de mulas. Mientras unos trabajan con intensidad, los pobres de acá, otros, los científicos y naturalistas de allá, pueden observar el paisaje y nuestras bellezas naturales desde el lomo de las mulas y en algunos casos de los cargueros humanos, para luego llevárselas, sin recato alguno, disfrutarlas a su modo, y dejarnos a nosotros saqueo y contaminación.

Renán Vega Cantor

Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional

La obra es más que la vida

García Márquez.
El hombre y su obra

GENE H. BELL-VILLADA

Ediciones B, México, 2012, 514 págs.

Acercarse a *Cien años de soledad* no es solamente leer una novela, sino sumergirse en un vasto territorio cultural y vislumbrar una serie vertiginosa de personas, patrones, horizontes y significados. Su cronología abarca desde los inicios de la colonización europea en América hasta las perturbaciones de los últimos tiempos (siglo XVI) hasta aproximadamente mediados del siglo XX [pág. 173]

AL INICIAR la segunda parte de su libro, “Las obras”, el profesor Bell-Villada lo hace a partir de *Cien años de soledad*. Algo, por cierto, que quita suspenso al análisis, que recorta las